

©2003, Armando M. Vizcaíno Ariza
www.armandovizcaino.es.mn
www.galeriadelibros.galeon.com

EN BRAZOS DE LA MUERTE

El conductor del carro de servicios públicos, un Willys trajinado y destartado, hunde con violencia el pedal del embrague y como guiado por el demonio comienza a conducir velozmente por aquella calle polvorienta en busca de la dirección indicada.

De pronto, una de las desgastadas ruedas delanteras se desliza por un zanjón y culebreando el vehículo va a chocar aparatosamente contra el rudimentario sardinel de una anticuada vivienda ubicada en pleno corazón florido de aquel pueblito de casas primitivas y escalonadas.

Después del estruendo, la calle es rápidamente alterada por un tumulto de gente de expresión exagerada de ira hacia el irresponsable conductor que en su afanosa correría por refaccionar los daños del motor, arroja descuidadamente la colilla del cigarrillo encendida sobre el piso impregnado por el combustible derramado y el automotor ardió rápidamente en llamas.

A poco un grupo de voluntarios comienza a apagar el fuego pero la falta de un mecanismo especial y la terrible sofocación que arroja la inmensa cortina de

humo que se levantaba coquetamente hacia lo alto del cielo culebrero, les hizo perder la poca paciencia dedicándose a observar tranquilamente como las gigantescas lenguas de fuego, can devorando por completo lo que quedaba del arrume de hierro torcido.

Con el ánimo caldeado, vociferando un alud de palabras obscenas contra el hostigado conductor, un sujeto de aspecto rustico y de hablar atropellado, le amenaza con atinazarle una paliza si no desplazaba prontamente los restos humeantes de aquel cachivache fuera del territorio pero su compañera de viaje, una hembrona esbelta, bien formada y de degollada estatura, luego de bregar moderadamente contra el parecer de aquel individuo impersonal de manera loable arrasó con el coraje de los airados vecinos impregnándole con su alegría y sabrosura en la expresión, fragmentos humorísticos.

Momentos después insurreccionados abandonaron el lugar dejando la calle desierta; la joven forastera canceló la deuda al infortunado conductor, quien a regañadientes se aleja sin rumbo fijo. Escudriñando a su alrededor, la joven descubre el rostro demacrado de una anciana que está sentada en una destronada silla de ruedas en la puerta de su casa, destornillándose de la risa.

Cargábase de aroma la tarde con el olor de los totumos podridos que traía una brisa fresca de lo mas recóndito de los patios contiguos. La forastera sacudió disimuladamente el polvo impregnado en su elegante vestido y bajo el asombro

de quienes escudriñaron a escondidas desde las rendijas de sus viviendas, caminó lentamente por aquel terreno tortuoso, como si flotara en el aire, hacia la casa de bahareque y palmas oscurecidas por el humo constante de un fogón de piedras apilonadas, donde vivía la anciana desarrapada. A medida que avanzaba, le veía parpadear continuamente con sus ojos saltones y meditabundos como tratando de reconocer a su visitantes.

Y como si tuviera frente a una absoluta soledad, alejada de todo efecto, salió al encuentro de la joven.

La esbelta hembra ayudó a la anciana acomodarse en una acogedora mecedora de mimbre y allí bajo los inclementes latigazos de las ramas de un frondoso árbol golpeándole suavemente su pálido rostro, la anciana, sin protocolo como quien espera ese momento, comenzó a narrarle los rasgos y virtudes de su compadre de boca.

- Ese sujeto obeso con cara de querubín y quien tuvo la osadía de chocar su chatarra contra el sardinel del vecino, es mi Compadre Anacleto, un hombre de origen campesino que sólo estudió la primaria, porque su adolescencia transcurrió entre el barro cenagoso de los montes pisoteados por las pezuñas del ganado cimarrón, posee un valor humano poco común que no requiere expresarse mucho para captara la mirada de los demás, con una sonrisa pícara y modo inteligente de expresarse, acapara la mirada del más desprevenido. De

temperamento calmado al que solo cae en la impaciencia cuando las cosas no le funcionan porque le gusta que todo le marche con cierto perfeccionismo.

Aparentemente este personaje es un modelo de personalidad intachable, pero puedo asegurar que en el fondo es un calzonazo a quien le puedo atribuir la mala reputación que tengo frente a los ojos de la sociedad. Sus calumnias infames no tuvieron limitaciones hasta el punto que llegó a vociferar que yo le era infiel a mi marido, un alcohólico incorregible ocupado todo el tiempo en sus continuos viajes en su destacado camión.

No puedo ocultar que en mi época de primavera tuve infinidad de administradores y amoríos a escondidas con hombres maduros y que un día por inexperta anduve viviendo en casa de mis padres como persona que no había tenido trato carnal, pero hacia mucho tiempo que mi cuñado a quien le coqueteaba continuamente me había destrozado la virginidad y cuando ocurrió lo inevitable, tuve que desembarazar y por no profesar la verdad, mi progenitor me lanzó a la calle.

En ese tiempo, yo era una hembra despampanante y muy apetecida en ciertas actividades ilícitas. Aprendía a hechazos el arte de la brujería en las noches de luna llena solía volar convertida en ave, los lugares más remotos en busca de diversión y por caprichos del destino vine a desembarcar en este pueblo miserable, con la convicción de hallar un nuevo horizonte. Anduve coqueteando

en los antiguos fandangos que realizaban en lugares prohibidos y en donde las parejas completamente desnudas, bailaban con una pluma de gallina introducida en el recto, al son de una cumbia bien templá... ¡carajo! Había que apretar los glúteos para no dejar caer dicha pluma aquello ocurría, vea!, la vaina era terrible.

La pareja tenía que realizar unas penitencias demasiado desagradables... pero todo aquello se acabó, porque un inspector puritano y austero al mando de un pelotón de reclutas maricones, hizo clausurar el salón por tiempo indefinido. Recuerdo claramente que el pobre inspector de la "chupa cobre" a falta de dinero, arrasó con todos los chécheres que halló en el patio del quebrado empresario, quien tuvo que empeñar hasta los calzones para emigrar a su lugar de origen.

Quizás le sorprenda el hecho de vivir solitaria en esta época de juventud pícaro y dicharachero, encerrada entre paredes disfrutando de la soledad y el abandono de quienes fueron mi familia. Hasta hace poco convivía con un sobrino y su compañero de matrimonio, una mujerzuela floja, malhablada y para colmo cornuda. La muy putica era amante de un negro rústico e ignorante que en poco tiempo acaparó los chécheres que el holgazán de su marido le comprara la noche de bodas. Y mientras su mujerzuela irrespetuosamente hacía el amor en su propio lecho, el mentecato del nieto, coqueteándole a las burras del vecino que encerraba en un patio contiguo.

A poco se vino abajo un torrencial aguacero que había temblar los curtido techos de palma, la anciana completamente mojada, inclina su cabeza sobre el espaldar de la acogedora mecedora atenazada fuertemente con sus manos el crucifijo que cuelga de su cuello y sus ojos saltones y meditabundos se van apagando lentamente hasta morir en brazos de la forastera.

Temprana la mañana, la anciana era sepultada en una fosa cavada en pleno campo abierto, rodeada de escobillares y flores silvestres, bajo la alharaca de una anciana charlatana quien trataba de convencer a los machos incrédulos, que ella había observado la tarde anterior a la difunta en brazos de la desaparecida forastera, flotando por aires bajo la lluvia, hasta desaparecer entre un negro nubarrón.

FIN